

EL DILUVIO



—Punto en boca. Más vale... fumar

10 CÉNTIMOS



LO QUE GUESTA SUBIR

Destacarse del nivel vulgar, sobresalir á la superficie en la línea monótona de la vida, distinguirse en cualquier arte, oficio ó profesión cosa es que no está al alcance de todos y el que lo logra sabe muy bien, á costa de cuántas amarguras.

De las personas que nadie se ocupa, de las que no se dice nada, aunque sea malo, puede asegurarse que pertenecen al montón anónimo de lo desconocido.

Generalmente, cuanto más vale una persona más perrerías se dicen de ella; cuando esto sucede es prueba evidente que el ataque llega. Antes de subir tuvo que vencer la miseria, los desdenes, los obstáculos del egoísmo; después los ladridos

y dentelladas de los envidiosos. Y no hay que darle vueltas: al hombre que vale se le envidia y el que es envidiado es siempre zaherido. Desconfiad de las celebridades de las que todo el mundo habla bien; si las examináis con escrupulosidad quizás en el fondo no hallaréis sino una vulgaridad endiosada por la adulación.

En las conferencias que ha dado Blasco Ibáñez en Buenos Aires sobre Zola, Balzac y Víctor Hugo ha referido minuciosamente las amarguras que pasó el primero y sus dolorosos fracasos hasta que la fortuna le sonrió: hambre, frío, desnudez, humillaciones angustiosas fueron un largo alvario que aquel gran genio recorrió con tanta abnegación. Desde los *Cuentos á Ninón* hasta que construye su palacio de Medan y lanza el «Yo acuso» cuánta hiel devoró su alma y cuántas privaciones sufrió su pecho! Hay pocos escritores, quizás no lleguen á tres, que siendo ricos hayan acometido la empresa de hacer algo notable; pudiera decirse que la miseria ha guiado siempre las grandes plumas y ha sido su aceite. Puede afirmarse que las mayores maravillas literarias y artísticas del mundo no existirían si sus autores hubieran nacido en la abundancia.

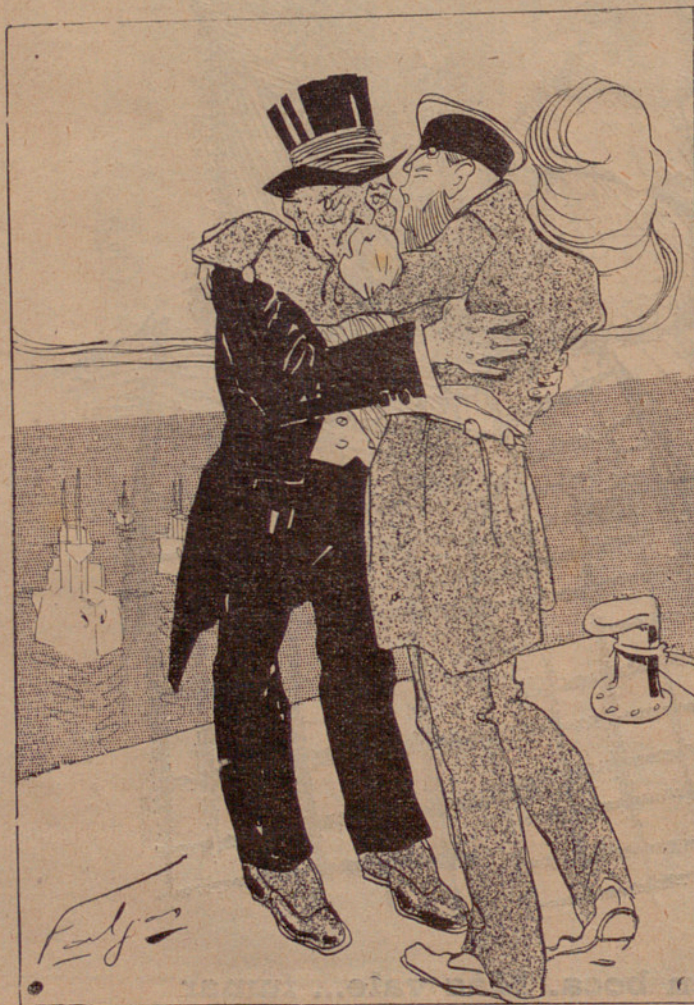
Hace más de treinta años, cierto día un jovencillo, no bien parecido, muy delgado y pobremente vestido, entró en el despacho del director de una de las casas editoriales más renombradas de París, llevando en la mano un voluminoso legajo. Una vez sentado frente al editor, el joven enteco y mal trajeado expuso con timidez el objeto de su visita.

Iba allí á lo que todos los días iban una legión de desconocidos como él: á proponer la publicación de una novela, pues ardía en deseos de salir del montón. El editor, hombre inteligente y experto en descubrir genios, creyó ver en la mirada de aquel joven haragiento algo que no era común, y en vez de contestar con el consabido veremos, tengo mucho original, los negocios están muy malos y otra gansada editorial por el estilo, le rogó dejara su manuscrito y que volviese por allí un día cualquiera, cuando la casualidad le trajera á pasar por aquel barrio.

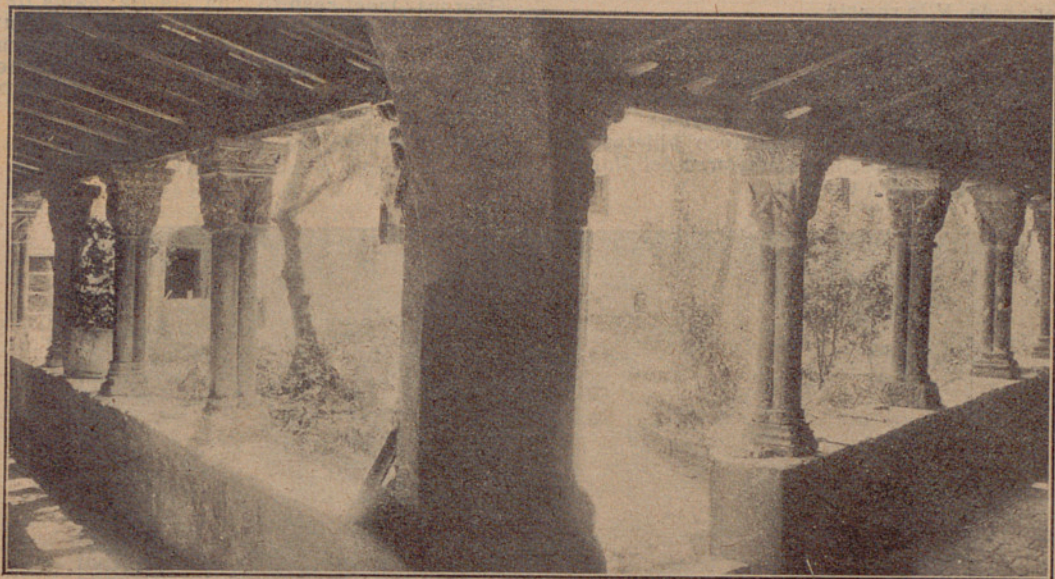
No muy satisfecho salió el joven de aquel despacho, pero rumió esperanzas é ilusiones y los días pa-

saron.

Volvió y, con profunda sorpresa y no menos alegría, se enteró de



Cariños que matan.



MANRESA.—Claustros del convento de monjas capuchinas, que casi en su totalidad quedó reducido á cenizas.

que su obra había sido admitida por el Comité de Lectura.

En París los editores tienen siquiera el buen tacto de no creerse sabios universales que entienden de todo, como los españoles, y tienen una especie de senado que los ilustra y les deja tiempo libre para su actividad, aunque algunas veces estos Comités de Lectura haya dado profundas caídas rechazando obras maestras que después han logrado fama mundial.

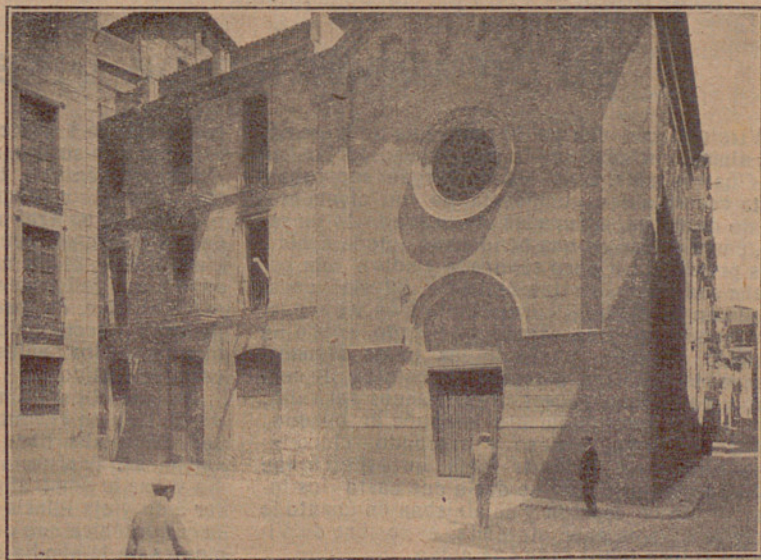
En fin, á nuestro desconocido le dijeron que su obra se publicaría y que impusiera condiciones. Decirle á un escritor novel que no ha debutado que imponga condiciones parece un sarcasmo, pues lo que ansían todos ellos es ver su obra impresa y nada más. Aquel joven firmó sin titubear un contrato terrible para él, pero muy beneficioso para el editor. El escritor lanzado á la publicidad era Georges Ohnet, la novela aceptada *le Maître de Forges* y la casa editorial la de Ollendorff.

Pero lo raro aquí no fué que se publicara la obra, ni que la primera edición de 20,000 ejemplares se agotase en dos meses y que el nombre del autor llegase á la cumbre de la popularidad; lo extraordinario fué y eso demuestra que aun hay editores honrados, que el joven delgado y con flecos en los pantalones fué citado por el editor un día, medio año después de publicada su novela.

Georges Ohnet acudió inquieto y receloso. Sobre la mesa del editor se halla-

ba el contrato que tiempo atrás firmara, y éste le dijo:

—Lanzar á un desconocido es lo mismo que jugar una suma importante á una carta; por esto los editores, que ante todo somos hombres de negocios, nos vemos precisados á proceder con mucha desconfianza. La primera vez que usted vino á verme yo no sabía quién era usted, ni lo que valía, ni si el público acogiera con gusto sus obras. Ignorando, pues, el resultado que podíamos obtener, firmó usted un contrato en el que se obligaba á ofrecerme todas sus producciones y yo me comprometía á darle 15 céntimos por ejemplar vendido. Aquí está el contrato, que con-



MANRESA —Convento de dominicas, vulgarmente conocido por monjas de la cuca. Interiormente fué destruido por las llamas.

(Fots. de J. Branguli Soler.)

sidero nulo. Y lo rompí.

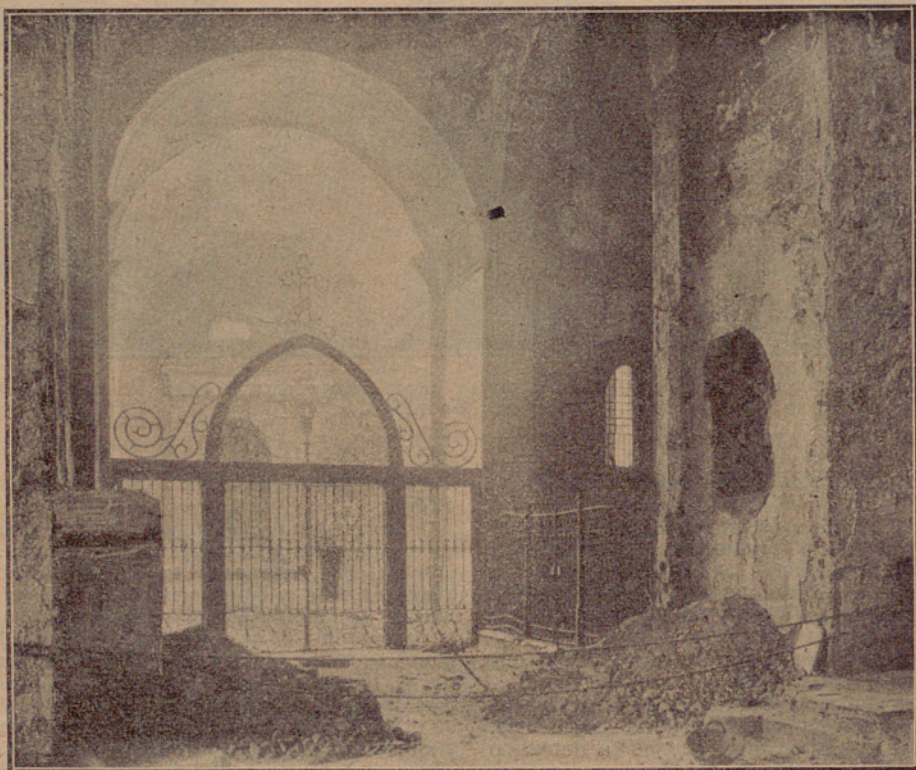
—Ahora le propongo esto: en vez de quince céntimos por ejemplar cobrará usted un franco, y aun cuando se dice que las leyes no tienen efectos retroactivos, yo creo que no debe suceder lo mismo con las palabras de los hombres.

Y le puso en la mano veinticinco billetes de mil francos, tantos como ejemplares del *Maitre de Forges* se habían vendido.

Georges Ohnet respiró con alegría; había *llegado* y había tropezado con un editor de conciencia y de corazón. Si Georges Ohnet nace en España y publica aquí su *Maitre*, probablemente el editor le hubiera rebajado á cinco céntimos los quince del contrato.

Se han dado casos...

FRAY GERUNDIO.



SABADELL. — Vista parcial de la iglesia de San Félix, destruida por las llamas.

EL CAMPANARIO DE VIRELOUP

Vireloup era una pobre parroquia de trescientas almas, enclavada en lo más espeso del bosque de Chatillonnais. Seis leguas largas separaban esta oscura aldea, compuesta de una cincuentaena de casuchas, agrupadas en el fondo de un valle, como ovejas en una hondonada, de la ciudad más próxima. Un poco separada y sobre una pequeña eminencia se levantaba la iglesia, construida en el siglo XIII, semejante á un viejo pastor rechoncho y encorvado, vigilando sobre un dormido rebaño. Detrás de las casas algunas aranzadas de tierra, plantada de frutales, de centeno y de cáñamo, revestían los flancos del valle, empezando inmediatamente después el bosque, que se extendía, espeso y profundo, cinco leguas alrededor. El lugar tenía un aspecto tan poco hospitalario, que se decía que hasta los lobos volvían la espalda y se alejaban en cuanto lo apercebían, y de aquí, sin duda, el nombre de Vireloup (torna lobo) dado á la aldea.

El cura que servía esta parroquia, M. Onésimo Perdriset, era un sacerdote humilde y fervoroso, un alma sencilla, digna de los tiempos evangélicos.

Delgado y alto como un árbol de fusta, vestido con una sotana raída, que flotaba sobre su descarnado cuerpo, tenía un aspecto de bondad simplona, que corregían felizmente sus ojos soñadores, de un azul muy puro. Se le había destinado á Vireloup apenas ordenado y allí se le había olvidado. Hacía unos veinte años que catequizaba á sus feligreses, gentes de poca fe y medio salvajes que, de padres á hijos, ejercían de leñadores, practicando además otros tres ó cuatro oficios, de los cuales el más inocente era el de cazador furtivo.

Aunque el cura Onésimo Perdriset vivía humilde y se encontraba contento en su oscuridad, no estaba libre, sin embargo, de toda idea ambiciosa. Tenía una que le atormentaba noche y día y que le dominaba por completo: la de devolver á su vieja iglesia parroquial la sólida belleza arquitectónica que poseía en la época en que los monjes de la abadía de Cîteaux la habían levantado en honor de su glorioso abad San Bernardo. Ya, abriendo una brecha de importancia en su modesto patrimonio, había podido restaurar la

nave románica; pero entonces la flecha amenazaba ruina. Las heladas y las lluvias del último invierno habían agrietado profundamente las paredes del campanario. Era forzoso llamar á toda prisa á los albañiles y á los carpinteros, sin cuyo concurso la noble construcción romana se recostaría piadosamente en una de aquellas mañanas en el recinto del cementerio... pero ¿qué hacer? El cepitillo de la iglesia estaba vacío y el cura alojaba al diablo en su bolsa. En tan comprometida coyuntura era inútil pensar en pedir subsidios al Consejo municipal de Vireloup. Sobre ser el Municipio tan pobre como su párroco, alardeaba de radicalismo y rechazaba por sistema todas las invitaciones, aun las más justas, del cura Perdriset. Las cuestaciones intentadas en los días de grandes fiestas sólo producían cantidades insignificantes, y aun había que separar las piezas falsas de que se desembarazaban los feligreses poco delicados. En cuanto á las familias acomodadas del vecindario se mostraban poco generosas y el estado lamentable de la famosa flecha de San Bernardo no les sacaba de su indiferencia. Abajo, en los linderos del bosque de Maiscy, había un antiguo priorato, llamado la Roselière, que estaba habitado durante el verano por una señora de París cuya fortuna y cuya generosidad se alababan; pero el cura, muy tímido, jamás había osado aventurarse hasta allí para soiciar la voluntad de aquella extranjería que no pertenecía al número de sus feligreses.

No sabía ni aun que la castellana de la Roselière se llamaba Magdalena Saulien y si hubiera conocido este nombre nada le habría enseñado.

Septuaginta tantos años en su soledad de Vireloup, no leyendo más periódicos que *La Semana Religiosa* y los *Anales de la Propaganda de la Fe*, ignoraba lo que pasaba en el mundo profano y, sobre todo, en el mundo parisién. El no sospechaba siquiera que la propietaria actual de la Roselière fuese la famosa actriz Magdalena Hubert, conocida por Saint-Saulien, cuyos ruidosos éxitos en el teatro eran tan numerosos como sus aventuras galantes. Por lo demás, la mayor parte de las gentes del país no estaban más instruidas sobre ese punto, porque cuando Magdalena Hubert iba á pasar algunos días de campo en la pintoresca finca que le había regalado uno de sus amantes, ella se esforzaba en hacer una vida tan tranquila como ejemplar, olvidando las agitaciones de su existencia teatral y desempeñando el papel de una honrada burguesa, absorbida por completo en sus buenas obras.

Una mañana de Septiembre el cura Onésimo Perdriset, cada vez más atormentado por el lastimoso estado de su campanario, se decidió á intentar un supremo esfuerzo yendo á pedir para su iglesia á las aldeas lindantes con el bosque.

Se ciñó los riñones, empuñó un bastón y se puso en marcha al amanecer, con el fin de atravesar el bosque en las frescas horas de la mañana. ¡Quién sabe!—pensaba—. Tal vez la Providencia me haga encontrar esta vez alguna buena alma piadosa y rica que se deje conmover y que abra ampliamente su escarcela. Su debut no fué dichoso. De dos ó tres puertas á que fué á llamar sólo una se entreabrió y aun en ésta, apenas for-



Manresa.—Vista interior del convento de monjas franciscanas, momentos después de haber sido incendiado.

(Fots. de J. Brangulí Soler.)

muló su demanda, fué despedido con muy buenas palabras, pero con una limosna insignificante.

Hacia la tarde, agobiado de cansancio, con el corazón triste y el estómago vacío, llegó á la vista de la aldea de Maiscy, cuyos techos humeaban en el crepúsculo. Caía una lluvia menuda que le hizo apretar el paso y ganó presurosamente la posada, donde pidió de cenar.

—A fe mía que llegais en mala hora le dijo la posadera—; acabo de preparar cuanto tenía para una cliente que come arriba y para la que he desbaliado mi despensa... pero todo puede arreglarse... Voy á preguntarle si consentirá en partir con vos su comida... Es la propietaria de la Roselière, la señora de Saint-Saulien. Es muy amable y hospitalaria y no rehusará cuando sepa quién sois.

La posadera subió apresuradamente al primer piso, mientras que el cura, tembloroso, esperaba en la cocina muy inquieto por el papel que representaría ante aquella noble y venerable dama.

Fué sacado de sus ansiosos pensamientos por una voz argentina y sonora que decía desde lo alto de la escalera:

—¿Cómo es eso? Quedaré encantada de partir mi menú con el señor cura de Vireloup. Subid, señor cura, y usted, señora Sanciret, traed pronto un segundo cubierto...

El cura entró y quedó deslumbrado. Cerca de la flameante chimenea estaba dispuesta la mesa y sobre el mantel, á la luz de cuatro bujías, humeaba un aromático asado de perdices, entre una trucha asalmonada y una salsa de cangrejos.

Pero lo que más admiró al cura fué el aspecto de la señora de Saint-Saulien, que se había levantado para recibirle. Alta, rubia, con el cabello rizado, ojos que parecían casi negros, una tez casi blanca y sonriendo francamente, parecía surgir de entre su vestido una creación encantadora.

Siempre sonriente, Magdalena indicó á su convidado una silla enfrente de ella y le dijo con su voz de timbre argentino:

—Sentaos, señor cura; vamos á cenar.

El pobre cura no se había visto nunca en fiesta semejante. Esperaba encontrar en la propietaria de la Rosellère una señora madura, un tanto austera, envuelta hasta el cuello en una bata de colores apagados, semejante, en una palabra, á las otras castellanas de la vecindad, y la señora de Saint-Saulien tenía el aire de una princesa ó de una hada. ¿Había oído San Bernardo sus plegarias y aquella blanca y brillante señora era la bienhechora puesta á su paso por la Providencia?... Sentado en el borde de su silla y muy intimidado, bajaba los ojos y respondía apenas á la amable dama, atreviéndose apenas á comer.

—Señor cura—dijo la actriz—, parece que estais triste... ¿Qué tenéis que os atormenta?

—¡Sf, sí, señora; estoy triste!—contestó el cura de Vireloup con toda la sencillez de su corazón—. Tengo un tormento muy grande...

Y seguidamente, sin interrumpirse, le contó de una manera conmovedora la historia de su campanario en ruinas, la penuria de su iglesia y la nulidad de sus recursos.

—¿No es más que eso?—preguntó ella—¿cuánto necesitaríais para reedificar vuestro campanario?

—Mucho dinero, señora. Cinco mil francos por lo menos... quizás seis mil.

Un gracioso fulgor brilló en los ojos de Magdalena y, sirviendo al cura un alón de perdiz, replicó con voz compasiva:

—¡Pues bien, señor cura, tranquilizaos y cenad en paz! Yo os encontraré esa cantidad y antes de la Pascua tendréis con que pagar un campanario.

—¡Oh!—exclamó el cura aturdido—. Si ha éis eso, señora, yo pediré para vos, en mis plegarias, todas las bendiciones del cielo...

—Pedid, señor cura, que tengo gran necesidad de ello... y en todo caso contad conmigo.

La cena acabada, se despidieron como buenos amigos y el cura Perdriset volvió muy animado á su presbiterio.

Poco tiempo después, Magdalena Hubert, cuya licencia terminaba, volvió á París, donde entró de nuevo en su vida de teatro y de placeres; pero no olvidó su promesa. A cada uno de sus adoradores—y ella cambiaba con frecuencia—le hacía desembolsar, como introducción, una cincuentena de lúises, destinados, decía, á una buena obra. Cuando hacía tales exigencias solía oírsele murmurar:

—¡Vamos, esto será para la campana!

Y el dichoso personaje á quien ella daba las gracias no comprendía nada... Una noche, estando en conversación íntima con el duque de D..., se echó á reír á carcajadas, y como el gran señor, intrigado, le preguntase la causa de tan intempestiva alegría, él le contestó:

—¡Ah, si el cura de Vireloup supiese cómo yo le edifico su campanario!

Algunos días antes de Navidad las gentes de

Vireloup vieron detenerse un coche de viaje delante del presbiterio y á la señora de Saint-Saulien medioahogada entre abrigos de pieles, que entró como un torbellino en casa del cura Perdriset.

—Señor cura—dijo sonriendo—, he cumplido mi palabra.

Y sacó de su saquito bordado un fajo de billetes azules y los ofreció al sacerdote, que no creía á sus ojos.

—He aquí diez mil francos... Con esto tendréis para la campana, para el campanario y hasta para poner cuatro esquilonés alrededor...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuraba el cura Perdriset—. ¿Cómo podría yo probaros mi agradecimiento? ¿Cómo pagaros vuestro beneficio?

—El placer de haber contribuido á una obra piadosa será mi mejor recompensa. Hasta la vista, señor cura. No me olvidéis en vuestras oraciones!

Un momento, querida señora—insistió el cura reteniéndola—. Permitid al menos, en recuerdo de esta buena acción, hacer



—Dicen, hermana, que por ahí en ocasiones aparecen unos hombres á quienes llaman sátiros...

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

grabar sobre la primera piedra del campanario el nombre y apellidos de nuestra bienhechora. Tened la bondad de indicárnoslos.

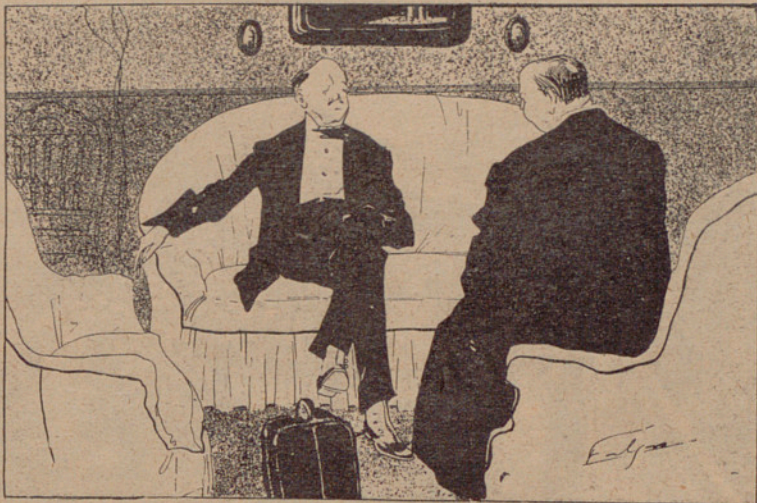
—¡De ningún modo!— replicó ella riéndose—. ¿No dice el Evangelio: «Vuestra mano derecha no debe saber lo que ha dado la izquierda»? Y en este negocio, señor cura, como todo el bien viene de la mano izquierda, lo mejor es que quede ignorado.

Y, dicho esto, con un gracioso mohín recogió su falda y subió á su coche, que desapareció en los linderos del bosque, en tanto que el cura Perdriset murmuraba guardando los billetes azules:

—Es una piadosa y excelente señora; pero, ¿qué diantre habrá querido decir con su mano izquierda?

ANDRÉS THEURIET.

(Traducción J. AMBROSIO PÉREZ.)



—¿Adelanta usted el veraneo, padre Procopio?

—Ojalá lo hubiese adelantado antes. He pasado una semana con un calor...



LOS HIDROPATAS

Metí un par de camisas
en la maleta
pedí dos mil reales
á un usurero,
cosa que no es extraño
porque un poeta

anda siempre reñido
con el dinero.

Y me fui á unos famosos
baños termales
dotados de virtudes

tan prodigiosa,
que por sus condiciones
medicinales
dicen que cura una
porción de cosas.

Y como estoy muy malo,
como es tal suma
de dolencias diversas
la que me mata,
que si no son los nervios
es el reuma,
y cuando no es la bilis
es la escarlata,

Busqué en aquellas aguas
medicinales,
cuyas santas virtudes
la ciencia abona
un eficaz remedio
para los males
que han de acabar un día
con mi persona.

Y una vez en los baños
establecido,
hice desde aquel día
vida de agüista,
y yo les juro á ustedes
que no he podido



En primer término, de derecha á izquierda, don Evaristo Crespo Azorin, nuevo gobernador civil de la provincia de Barcelona.

(Fot. de A. Merletti.)



Tropas para Melilla.—Embarque del regimiento de Saboya en el vapor *Ciudad de Cádiz*.

comprender que haya nadie
que lo resista.

—
A! despuntar el día,
dejaba el lecho,
según creo en los baños,
costumbre y uso,
y á los pocos instantes
de haberlo hecho,
los bañeros me daban.
un baño ruso.

A las cinco, una ducha,
que me dejaba
una ó dos horas dando
diente con diente,
y media hora más tarde
se me obligaba
á beber medio litro
de agua caliente.

—
Gárgaras, á las ocho;
baño, á las nueve;
á las diez menos cuarto,

lo más sensible,
junas cuantas fricciones
de agua de nieve
que me despellejaban
de un modo horrible!

—
A las tres de la tarde
vuelta á los baños
sufriendo un horroroso
calor de fragua,
y á las cinco á la fuente
de los Castaños
á beber diez ó doce
vasos de agua.

—
Y además de las duchas
y las fricciones
que eran en tales baños
cosa corriente,
hay que tener en cuenta
los chaparrones
que el cielo nos mandaba
constantemente.

—
Tras un mes de tan rudo,
crüel castigo,
y cuando ya el dinero
se me acababa
salí de aquellos baños,
que ahora maldigo,
¡muchísimo más grave
de lo que estaba!



Jefes y oficiales del regimiento de Saboya, momentos antes de zarpar el *Ciudad de Cádiz*. (Fots. de A. Merletti.)

'MANUEL SORIANO.





Colonias escolares. — Grupo de niñas reunido en el Palacio de Bellas Artes, desde donde se dirigieron á los puntos en que deben pasar la temporada veraniega.

(Fot. de A. Antonietti.)

LAS SONRISAS DE NINÓN

CUENTO HISTÓRICO

El más sutil refinamiento imperaba en todas las manifestaciones de la vida francesa durante el ciclo de los Luises. Y era entonces, en aquellos venturosos tiempos en que Cupido proporcionaba alegrías á los hijos de Marte y Venus admiraba gozosa á los discípulos de Minerva, cuando Ninón de Lenclos, la nunca envejecida Ninón, reunía en su palacete de la calle de Tournelles, en el Marais, á lo más selecto, á lo más exquisito de cuanto béléica é intelectualmente produjo Francia en su edad de oro.

Reina de la hermosura y emperatriz de la gentileza, rendíanse á sus pies los más encopetados próceres, los más preciados escritores y los más soñadores confiados en el porvenir.

En este tiempo y en esa época se desarrolla la acción de este cuento.

Ninón, Ninón, la adorable hétera, goza triunfante los placeres de la vida. Sus labios jamás se han contraído sorbiendo el acíbar del dolor.

Ninón, Ninón es feliz. Tiene su corte, su pequeña gran corte, que le da fuerza bastante para ser respetada de los déspotas de su tiempo.

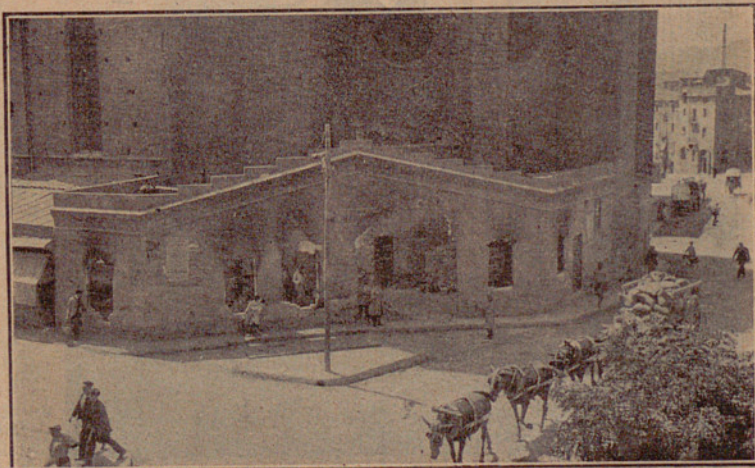
En derredor del trono donde asienta su belleza, como frágiles muñecos por Amor movidos, agitanse

desde el marqués de Sevigné á Longueville, desde el príncipe de Condé al duque de Rochefort, desde Scarron y Molière á Saint Evremont y Voltaire.

—Una de vuestras lágrimas pudiera ser la perdición de Francia—la dice galantemente Villaceaux, rindiéndola pleito homenaje.

—Las lágrimas son prueba de debilidad—replica Ninón sonriente.

—Pero las mujeres tienen el permiso de ser débiles—arguye mordaz madame de Sevigné—y



Manresa.—La administración de Consumos, situada junto á la parroquia y convento de Santo Domingo. Fué casi destruida por las llamas.

(Fot. de J. Brangulí Soler.)

por ello sin escrúpulo alguno se aprovechan de este permiso.

El recuerdo de las femeninas debilidades hace palidecer el rostro de la mujer de Scarron. Madame de Lafayette lo nota y exclama:

—¡Safó y Erina ya no existen!

Ninón sonríe. Sus coralinos labios dejan entrever el marfileo concatenamiento de perlas que forman la doble hilera de sus blancos dientes.

—Todos los días—murmura luego—doy gracias á Dios por los favores que me otorgó la víspera, y por si acaso se dejara alguno le reitero la súplica de que no se olvide de las flaquezas á que está expuesto mi corazón femenino.

La sonrisa de Ninón semeja á las mariposas; va de flor en flor, vuela de labio en labio.

Todos sonríen.

La presencia de un paje interrumpe el diálogo y cristaliza las sonrisas.

—El señor de Villiers solicita permiso para entrar—dice el paje.

II

—¿El señor de Villiers?—se preguntan admirados los oyentes.

En el bellissimo rostro de Ninón desaparece el resicler que iría caba sus mejillas.



EN EL RESTAURANT

—¿Qué apetece usted señorita?

—Una ración de lengua. Es mi plato favorito.

El nombre de Villiers evoca en su memoria unos recuerdos.... unos recuerdos sacros, supremos, augustos.

—¡Que pase!—replica Ninón.

Tras brevísima pausa, pregunta Saint-Evremond:

—¿Quién es ese señor de Villiers?

—Un joven—contesta Ninón—. La juventud ama la vida y la vida es el amor. Es uno de los muchísimos jóvenes que en mi buscan la suprema realización de la escuela epúrea; Villiers, como Dossy, como Vallier y como tantísimos otros, buscan en mi regazo lo que no supieron hallar en la realidad de la vida.

Un niño, un pequeño niño sonríe, pero no alegre, sino mefistofélicamente. Voltaire nació sonriendo.

III

El señor de Villiers es un apuesto mozo. Apoya la siniestra mano en el pomo de la espada y arquea el cuerpo. Villiers rinde tributo de admiración á la belleza.

—Señora—dice—, ante la dueña del amor el mismísimo amor se convierte en esclavo.

Ninón sonríe.

—Permitid, amada mía, que ante vos entone la canción sublime, la canción de mis afanes.

Ninón sonríe con mayor ahínco.

Bella sois y todas las hermosas tienen el derecho de sonreír. Noble soy y todos los nobles tenemos el derecho de cantar nuestros afanes.

Ninón deja de sonreír.

—Los afanes del alma, esos afanes que en el nombre recuerdan las caricias benditas de una madre... de una madre que yo no he conocido.

Ninón llora.

—De una madre por quien diéramos, sin saber quién es, mi vida, mi alma...

El llanto de Ninón aumenta.

—Dejad, señora, que nuevamente os suplique la merced del amor.

Los labios, los labios coralizos de Ninón vense contraídos por una sonrisa sarcástica.

IV

El señor de Villiers abandona la estancia.

Nadie comprende la mortal palidez que conturba su faz juvenil.

—Se ha reído de mí!—murmura.

V

Segundos después el paje de Ninón interrumpe el diálogo que la presencia de Villiers suscitó.

—Se mató—exclama al penetrar en la estancia.

—¿Quién?—preguntan todos sorprendidos.

—El señor de Villiers... Se hundió un puñal en el pecho, a pocos pasos de la puerta de la casa...

Ninón, la primera, acude en auxilio del suicida...

El señor de Villiers yace en el suelo, rodeado de una mancha de sangre que, ávidamente, absorbe la tierra.

—Un juramento me impidió revelar el secreto... Por eso ref... Hijo, hijo mío!— exclama Ninón, abrazando un cadáver.

Los ojos del muerto, fríos y vidriosos, aún pedían amor.

J. OLIVA BRIDGMAN.

¡AGUA VA!

Uno de los señores Sopena ha recurrido á nosotros para que aclaremos un suelto publicado en esta sección. El visitante nos ha dicho ser inexacto que la Empresa del diario bonaerense *La Nación* haya rescindido un contrato que tenía con la casa editorial Sopena, la cual, por otra parte, no se halla en mala situación, sino en estado floreciente. Lo creemos y de ello nos alegramos, pues á nosotros no nos anima sentimiento alguno de animadversión ni hacia el editor Sopena ni hacia nadie.

Queda aclarado ese extremo del suelto, sin que haya variado en nada la opinión que emitimos acerca del valor literario de la mayor parte de las obras publicadas por la referida casa editorial.



Compadecemos á los andaluces.

Tienen en Sevilla, en clase de *detective*, nada menos que al ex polizonte *Memento*, el sér más fresco y audaz que nace de madre.

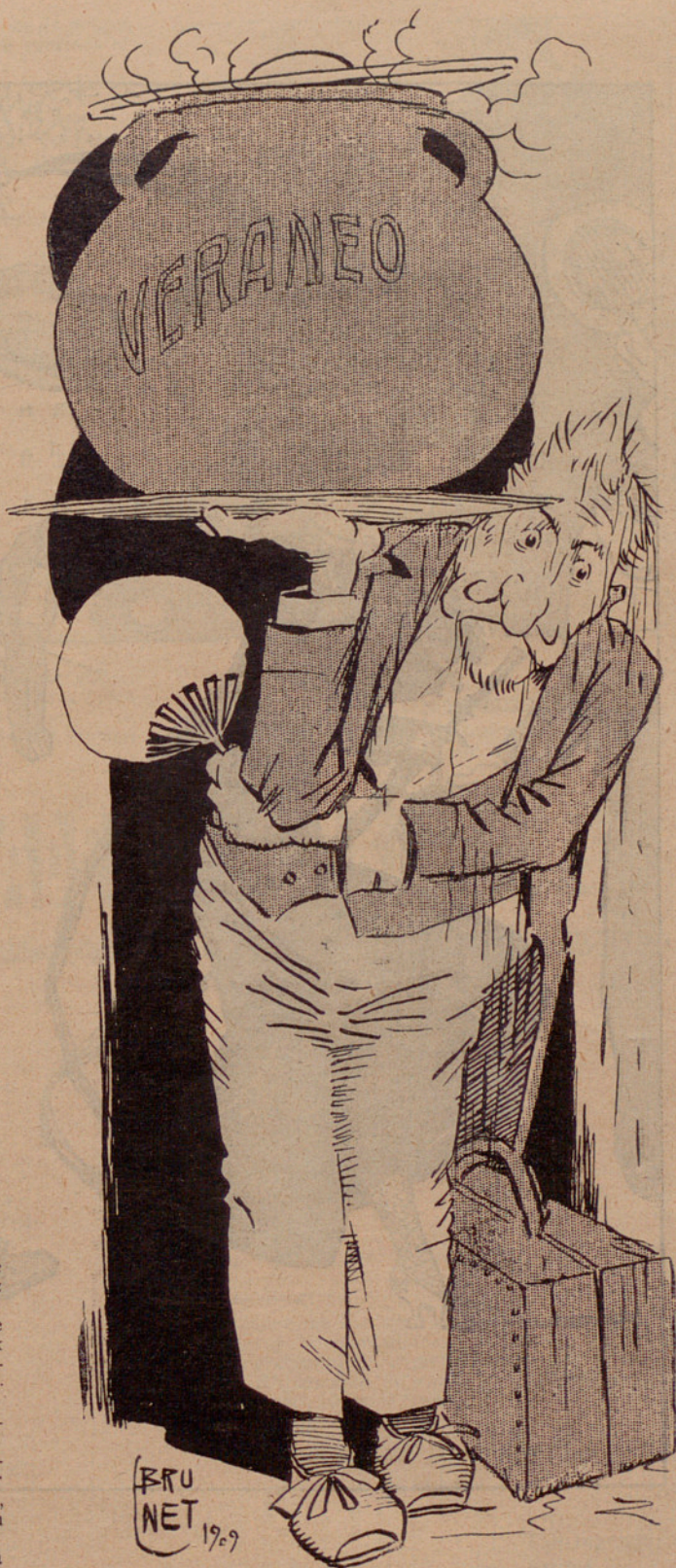
Desprestigiado aquí y mirado de reojo por todos los ciudadanos, el ex picador se fué con sus *planchas* á Sevilla, pensando que allí no era conocido.

Pero, como era de esperar, enseñada se ha dado á conocer.

Por primera providencia de tuvo hace unos días á un obrero catalán suponiéndole un terrible revolucionario, el cual fué puesto inmediatamente en libertad por el juez de instrucción.

Con este motivo la Prensa sevillana zarandeó y *adjetivó* á *Memento*.

¿Por qué no será declarado este hombre *plaga nacional*?



Sudando... tinta.



POR ESAS CALLES

Romperabezas con premio de libros



La vocal que aparece en el espejo, y otras dos, una de ellas repetida, y dos consonantes, doble también una de ellas, combínense de modo que expresen el nombre de la joven y lo que lee.

CAPRICHIO NUMÉRICO

De Juan Gallissá

| | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|-------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | = | Apellido. |
| 4 | | | | | | | | = | Consonante. |
| 6 | | | | | | | | = | » |
| 8 | | | | | | | | = | » |
| 2 | 3 | 2 | 3 | | | | | = | Verbo. |
| 4 | 5 | 3 | 2 | 3 | | | | = | » |
| 7 | 6 | 4 | 3 | 2 | 3 | | | = | » |
| 3 | 7 | 4 | 7 | 6 | 7 | 3 | | = | » |
| 7 | 8 | 3 | 3 | 2 | 1 | 2 | 3 | = | » |

PROBLEMA

De José Capdevila Planas

Desde la planta de los pies á las rodillas tengo 2 palmos y desde las rodillas hasta el remate superior de la cabeza tengo los $3\frac{1}{4}$ de mi estatura. ¿Cuál es ésta?

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

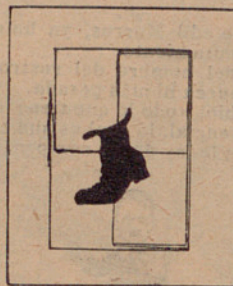
De José Pallarés

Vocal Número Vocal Número

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 24 de Julio.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



AL QUEBRADERO MODERNISTA
Galo — Olga — Lago — A'go — Gola

A LA CHARADA
Peana

A LA PIRÁMIDE NUMÉRICA
Filomena

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO
Hermosa

A LA CHARADA RÁPIDA
Laredo

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO
Reloj

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Anita Bec, Anita Remón, Cristina Ferrer, J. Gallissá, R. Gallissá, Enrique Vilaplana, José Straub, Juan Tuset, Miguel Vives, C. Capdevila, M. Capdevila, R. Capdevila, M. Poch, J. M. Kuroki, Juan Rius, Pedro Ferrer, «Margarita», R. Grau, El Dr. Yo y «Siul». Entre dichos solucionistas se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A la charada: Elena de Fons, Juan Tuset, Luis Puig, J. Gallissá, José González, José Straub y Miguel Güell.

A la pirámide numérica: Elena de Fons, Juan Tuset, Luis Puig, Dick Nevler, J. Gallissá, José González, «Una contraria de la guerra», Nick Cartró 1.º, José Straub y Jacinto Fabrés.

Al logogrifo numérico: Elena de Fons, Juan Tuset, Luis Puig, Dick Nevler, J. Gallissá, José González, «Una contraria de la guerra», Nick Cartró 1.º, José Straub, Jacinto Fabrés y Antonio Meliz.

A la charada rápida: Juan Tuset, Luis Puig, Dick Nevler, José González, Nick Cartró 1.º, José Straub, Antonio Meliz y Miguel Güell.

Al quebradero modernista: Juan Tuset, Luis Puig, Dick Nevler, J. Gallissá, Nick Cartró 1.º y Jacinto Fabrés.

Al jeroglífico comprimido: Juan Tuset, Luis Puig, Dick Nevler, J. Gallissá, Nick Cartró 1.º, José Straub, Jacinto Fabrés y Miguel Güell.



PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS

UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

AGENCIA
DE
POMPAS FÚNEBRES

LA COSMOPOLITA

Ronda Universidad, 31, y Aribau, 17.--Teléfonos 2,490 y 2,480

Servicio especial para el traslado de cadáveres y restos á todas partes de España y del Extranjero

La Cosmopolita es la Agencia funeraria que más barato trabaja de Barcelona.

Pedid directamente antes que á otra las tarifas de esta casa; son las más económicas.

SERVICIO PERMANENTE

NOTA: La Cosmopolita no está adherida á ningún trust.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervoscente de Bishop, originalmente inventado por Alvaro Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de Alvaro Bishop, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

TUBERCULOSIS — ANEMIA — NEURASTENIA — CONVALESCENCIAS —

Histogénico "Puig Jofré"

Potentísimo y eficaz. — Venta en farmacias.

DOLOR

reumático, inflamatorio y nervioso, se logra su curación completa, tomando el tan renombrado **DUVAL**, que con tan feliz éxito vende la conocida farmacia Martínez; Centro calle de Robador (esquina San Rafael, 2).

JARABE VERDÚ Demulcente, cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas pier-nas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escondillers, 22, Barcelona.



LO QUE SE VA